

De la escuela secundaria que tenemos a la educación polimodal que necesitamos

Guillermo A. Obiols

Preguntar por la escuela necesaria requiere efectuar algunas consideraciones acerca del contexto económico y social en el que está inmersa la educación y, en particular, las escuelas y colegios. La escuela necesaria debería ser la escuela argentina del siglo XXI. La educación no es una variable independiente de lo que acontece en los campos de la economía y la sociedad argentinas, pero tampoco debería ser considerada sólo una variable dependiente. Más bien, conociendo la situación y los desarrollos posibles y deseables en estas áreas, la educación podrá, por una parte, conocer sus propias limitaciones, y, por la otra, incidir sobre la economía y la sociedad, contribuyendo a moldear la Argentina del futuro.

El contexto económico y social

La situación económica y social de la Argentina de fin de siglo no permite alentar un optimismo fácil, pero tampoco justifica un pesimismo absolutamente desesperanzado. El futuro dependerá de una correcta evaluación de nuestro presente y

de que seamos capaces de poner en marcha las acciones necesarias para transformar la realidad en la dirección deseada. Sin duda hay condicionamientos que limitan los márgenes en que siempre se mueven los procesos de toma de decisiones, pero no un determinismo que nos asegure un futuro de bienestar y progreso, por un lado, o de atraso, estancamiento y decadencia, por el otro.

Se suman, en la Argentina, las problemáticas, dificultades y ventajas propias de los países desarrollados con aquellas específicas de los subdesarrollados. La Argentina no constituye una economía aislada; al contrario, precozmente se integró en el mercado mundial capitalista. Sin embargo, su inserción se produjo en términos de dependencia frente a los grandes centros industriales y financieros de la segunda mitad del siglo XIX. La economía argentina es todavía estructuralmente débil. Su base, aun hoy, está conformada por una producción primaria que aunque ha incorporado parcialmente conocimientos científicos y tecnológicos, ha sufrido a lo largo del siglo XX el llamado "deterioro de los términos del intercambio". Depende en gran medida de factores climáticos. Por otra parte este tipo de producción depende, para su colocación en los mercados externos, de los flujos y reflujo del comercio internacional, con fuertes oscilaciones de precios. La explotación agropecuaria se combina con un desarrollo industrial y de servicios desperejo y sin bases sólidas. Sin embargo, la economía argentina es una de las más importantes de la región y asociada con otros países latinoamericanos en el Mercosur, constituye un bloque

Con este título, el profesor Guillermo A. Obiols dio una conferencia en la Universidad Adventista del Plata. La misma, que fue seguida por un numeroso público conformado fundamentalmente por docentes de escuela media, directivos, docentes y alumnos universitarios de la UAP y de otras instituciones, desarrolló algunos temas tratados en el nuevo libro del Profesor Obiols titulado: *La Escuela Necesaria. Construir la Educación Polimodal* (Buenos Aires, Kapelusz, 1996). De esta obra transcribimos un fragmento del inicio del segundo capítulo en el que se aborda la pregunta "¿Qué escuela necesitamos?" que constituyó la primera parte de la mencionada conferencia.

significativo. Potencialmente, Argentina cuenta con los elementos necesarios para desarrollarse, principalmente, abundantes recursos naturales y una población relativamente educada y capacitada, herencia de un sistema educativo, que en su momento, tanto cuantitativa como cualitativamente pudo compararse con los mejores del mundo. ¿Podrá la Argentina ser un país desarrollado? ¿Será la Argentina algo más que la granja del Mercosur? ¿Podrá desarrollar industrias y servicios? ¿Podrá desarrollar sus exportaciones no tradicionales? Una respuesta afirmativa a estas preguntas depende de que la Argentina logre aprovechar coyunturas internacionales favorables y acierte al aplicar políticas adecuadas capaces de favorecer el desarrollo. Estas políticas deben contemplar tomar medidas en los terrenos de la organización del Estado, en el campo económico y en el terreno político, medidas sobre las que nada debemos decir en este trabajo; pero también deben adoptarse decisiones que posibiliten el fortalecimiento de un sistema educativo sin el cual, hoy por hoy, ningún desarrollo económico-social es posible ni en la Argentina ni en ningún lugar del mundo.

En gran número de estudios se afirma la existencia de una fuerte correlación entre educación y desarrollo: como dijimos, la educación es condición necesaria, aunque no por sí misma suficiente para el desarrollo económico y social. Es necesaria porque sólo gracias a la educación se puede entender y diseminar el saber científico-tecnológico, que sin duda es la nueva riqueza de las naciones y el saber ético-político que pugna para que el desarrollo económico esté al servicio de la construcción de una sociedad mejor. Aunque la educación por sí misma no puede garantizar el desarrollo económico-social, hacen falta planes económicos y políticos. Sin educación, seguramente, no será posible ningún tipo de desarrollo.

“
...el mejoramiento del sistema educativo es una cuestión de interés social general, y las políticas fundamentales que se orienten hacia este objetivo deberían ser producto de un acuerdo estratégico entre las distintas fuerzas políticas y los diferentes sectores sociales. En materia educativa, el papel del Estado es indelegable.
”

Hace poco leíamos en un diario, en el suplemento dedicado al campo, un artículo sobre el cultivo de paltas, en el que después de explicar una serie de pormenores sobre sus características, se afirmaba que es imposible dedicarse a la producción de paltas... si no se lee inglés, ya que casi toda la bibliografía, que se actualiza constantemente, se publica en dicho idioma. Los ejemplos de este tipo podrían multiplicarse, pero no es necesario hacerlo.

En consecuencia, el mejoramiento del sistema educativo es una cuestión de interés social general, y las políticas fundamentales que se orienten hacia este objetivo deberían ser producto de un acuerdo estratégico entre las distintas fuerzas políti-

cas y los diferentes sectores sociales. En materia educativa, el papel del Estado es indelegable. Al respecto, el economista Martín Carnoy (1996), especialista estadounidense en los vínculos entre economía y educación, y asesor del Banco Interamericano de Desarrollo, expresó un punto de vista que es sin duda interesado, pero inteligente. En una entrevista publicada en el diario *Clarín* afirmó:

Nadie quiere ni necesita un Estado sobredimensionado, pero vea lo que pasa en los Estados Unidos: todas las empresas privadas saben que sin la inversión y la orientación del Estado, su destino no será próspero. Esas empresas no quieren un Estado obeso, ni les gusta pagar impuestos, pero saben que en tecnología —y sobre todo en educación— el Estado es insustituible. Saben que no pueden confiar en que el mercado se haga cargo de la educación. Para ser más preciso: no podemos dejarle la educación al mercado, para que se ocupe de ella como si se tratara de cualquier otro producto negociable.

Por otra parte, aunque el futuro diera una respuesta positiva a las preguntas planteadas más arriba, y la Argentina lograra el despegue económico, todavía quedaría pendiente la cuestión social. El desarrollo económico, a fines del siglo XX,

en muchos lugares del mundo, parece combinar una fantástica posibilidad de crear riqueza con niveles de exclusión y marginalidad social crecientes. Las nuevas tecnologías permiten enormes volúmenes de producción con relativamente poca mano de obra. La desocupación es uno de los flagelos del final de siglo. Correlativamente la brecha entre ricos y pobres tiende a ampliarse y afrontamos la posibilidad de divisiones extremas en el seno de las sociedades nacionales entre aquellos que lo tienen todo y los que, no teniendo nada, sólo tendrán delante de sí la posibilidad de salir a robar para subsistir, o drogarse para soportar una existencia intolerable. Sobre la brecha económico-social se desarrolla la tendencia a la exclusión cultural y a la marginación étnica, potenciando las divisiones sociales. La Argentina de las últimas décadas ha dado grandes pasos en el camino de la desintegración de su sociedad. ¿Podremos revertir las tendencias a la exclusión? ¿Lograremos un desarrollo económico-social equilibrado, sin chicos ni ancianos en la calle? También aquí, como en las cuestiones puramente económicas, es imposible plantearse un mejor desarrollo social sin asignarle a la educación primaria y secundaria un papel de primordial importancia. Un fuerte crecimiento de la educación en los niveles señalados es condición necesaria, aunque no por sí misma suficiente, para revertir, o por lo menos no aumentar, las tendencias a la exclusión social. Como dijo el mismo Martin Carnoy (1996): "...los países que tienen una distribución de ingreso muy despareja también tienen una educación muy despareja: es el caso del Brasil. En la Argentina, la distribución de ingresos es más pareja y también lo es su sistema educativo".

La educación, en general, y las escuelas y colegios, en particular, reproducen ideas, modos de vida, costumbres, creencias, valores existentes en la sociedad, pero también contribuyen a desarrollar nuevas ideas, nuevos modos de vida, nuevas costumbres, nuevas creencias, nuevos valores, incidiendo en lo social y en la esfera económica. Seguramente la educación no está en condiciones de transformar la economía y la sociedad de acuerdo con un plan minuciosamente trazado. Sin embargo, a finales del siglo XX, hay abundantes elementos que afirman que existe una influencia no des-

deñable de la educación en el desarrollo económico-social.

Más allá de la obvia relación entre la educación, el conocimiento y la producción, cuando hoy se piensa en desarrollo, los sectores más lúcidos lo hacen en términos de "desarrollo sustentable", es decir, un desarrollo que se realice con inteligencia y ética. Un desarrollo que no signifique pan para hoy y hambre para mañana. Esto implica educación ética y ciudadana para el crecimiento personal y participación social responsable, porque sin esta educación el desarrollo sólo significará mayor estupidez y brutalidad: más consumismo, más alcohólicos, más drogadictos, más robos y más terrorismo. La educación, entonces, no sólo puede jugar un papel decisivo en la provisión del conocimiento científico-tecnológico necesario para el avance económico, lo cual es reconocido desde hace tiempo, sino que también puede y debe aportar formación ética y ciudadana para que el desarrollo económico signifique también progreso social y desarrollo personal.

Cuando hablamos de formación ética y ciudadana nos colocamos en las antípodas del adoctrinamiento moral. Más allá de algunos valores básicos como la autonomía, el pluralismo, la consideración racional de los problemas y el respeto mutuo, que constituyen la posibilidad misma de cualquier diálogo, y que, en consecuencia deben ser sostenidos a rajatabla, la educación ética y ciudadana debería permitir desarrollar en el alumno una conciencia crítica de las normas y valores socialmente establecidos. No se trata de reforzar el proceso de endocultura, como en las sociedades tradicionales, sino de admitir que en las sociedades modernas, democráticas y pluriculturales, la pluralidad y la tolerancia permiten la convivencia de diversos ideales y doctrinas morales, y que el desarrollo moral de los individuos consiste en un progreso, en el sentido de la racionalidad, es decir, en la aceptación o no aceptación de los códigos sociales por razones, y no por mera disciplina, ante las convenciones de la tradición, o por temor a las presiones del grupo (Cf. Salmerón, 1991, p. 90). Parte fundamental, sin duda, de esta educación ético-política es también la formación en

el conocimiento, la defensa y el perfeccionamiento de la democracia, de la Constitución Nacional y de los derechos humanos que, en este final de siglo, constituyen la base reguladora para la convivencia de los seres humanos, desde las relaciones familiares hasta las internacionales.

En resumen, es deseable que la Argentina mantenga su sistema democrático, lo perfeccione, lo profundice y logre constituirse en un país desarrollado, plenamente integrado al mercado mundial en términos de igualdad. Entendemos el desarrollo en términos de desarrollo económico, pero también de desarrollo social o humano, lo que implica una sociedad más justa, sin exclusiones ni marginalidad social y una vida más rica para todos. No sabemos si la Argentina podrá alcanzar estas metas, no nos anima la idea de un destino necesario, no creemos que haya un país que nos merezcamos, pero estamos seguros de que sin un sistema de educación formal al servicio de ellas, no habrá ninguna posibilidad de obtener éxito en la empresa. Consideramos que no hay que bajar los brazos en la lucha por tener tal sistema educativo y alcanzar los objetivos señalados.

Necesitamos que se cumpla con lo que ya es ley, y que todos los argentinos completen una Educación General Básica de calidad, que les permita desarrollarse como personas autónomas y proseguir estudios en el nivel polimodal. Necesitamos una Educación Polimodal de calidad y de masas que profundice los logros de la EGB. Debemos apuntar a que, una vez cumplidas las metas fijadas en la ley federal de educación que establecen la obligatoriedad del preescolar y del conjunto de la EGB, la mayoría complete la Educación Polimodal. Necesitamos ciudadanos educados para que tengan una vida más plena, que puedan se-

“
Necesitamos que se cumpla con lo que ya es ley, y que todos los argentinos completen una Educación General Básica de calidad, que les permita desarrollarse como personas autónomas y proseguir estudios en el nivel polimodal. Necesitamos una Educación Polimodal de calidad y de masas que profundice los logros de la EGB.
”

guir capacitándose, para que se inserten en la vida económica y participen responsablemente en la vida de la comunidad.

Entre conservadores y neorrománticos

Frente a estos postulados y a estas metas no faltarán aquellos que de un modo más o menos solapado digan que la Argentina sólo necesita peones de campo, obreros de la construcción y barrenderos, y que todos ellos, cuanto menos educados sean, mejor, para que así soporten sin quejas su condición. Son los que piensan en un país chiquito, con una economía semi-feudal, una nación en la que ellos puedan jugar el papel de cabeza de ratón. Seguramente el punto de vista de estos sectores, aunque hoy no lo dirían tan ex-

plicitamente, coincidiría con aquel Gobernador del estado de Virginia, que hace ya tres siglos informaba al Rey de Inglaterra:

...doy gracias a Dios porque no hay escuelas gratuitas ni imprenta, y espero que no las tengamos nunca, pues la enseñanza ha provocado la desobediencia, la herejía y las sectas; y la imprenta las ha divulgado, además de producir libelos contra el mejor gobierno. ¡Que Dios nos libre de ambas! (Bos-sing, 1960, p. 30).

Esta perspectiva lleva a la escisión social y educativa: unos pocos viviendo en “countries” amurallados, protegidos por guardias armados; y, en el otro extremo, una gran cantidad de desocupados y marginados. Los primeros tendrán su escuela dentro del *country*; los segundos, una escolarización mínima. Más allá de la injusticia que significa, es fácil advertir lo estrecho de este punto de vista cuando se repara en que los guardias y la seguridad de estos refugios proceden, finalmente, del sector de los marginados.

Paradójicamente, coincidiendo en los hechos con aquellos que quieren volver al orden de la colonia o mantener el país agroexportador que

imperó irrestrictamente hasta los años treinta, hay quienes en el clima de ideas de final de milenio, y a partir de la crítica de la modernidad, no saben, o directamente niegan, que valga la pena o sea deseable que la Argentina incorpore ciencia y tecnología en cantidad y calidad y se desarrolle económicamente. Están temerosos de la contaminación, la deshumanización y otros problemas del desarrollo; como si la superación de estos males fuera posible por otro camino que el de transitar un mayor y mejor desarrollo científico y tecnológico. Entre otras cosas, olvidan estos sectores que en lo relativo a la contaminación, como lo recuerda Jorge Schvarzer (1996) en su libro *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, a principios del siglo XVIII los saladeros, ubicados en las inmediaciones de Buenos Aires, dejaban escurrir la sangre de los animales muertos hacia el Riachuelo, cuyas aguas llegaban a teñirse de rojo por esa causa, mientras la descomposición de la carne sobrante esparcía aromas fétidos en el aire, lo que le permite concluir al mencionado autor:

“Buenos Aires conoció los males de la contaminación antes de tener la industria moderna; era, dicen, una de las urbes más pestilentes del planeta y un foco de graves enfermedades contagiosas”. (p. 67).

Tampoco los fenómenos de deshumanización son un patrimonio exclusivo de las sociedades desarrolladas; por el contrario, la miseria, el atraso y el estancamiento son el mejor caldo de cultivo para la explotación del hombre por el hombre, la brutalidad y la alienación.

Por un lado, las posturas más conservadoras se traducen en el plano educativo en reclamos tendientes a retacear la inversión del Estado en el área, a restringir por todos los medios el acceso en los distintos niveles, y a privatizar la mayor can-

“
...las posturas más conservadoras se traducen en el plano educativo en reclamos tendientes a retacear la inversión del Estado en el área, a restringir por todos los medios el acceso en los distintos niveles, y a privatizar la mayor cantidad de servicios educativos.

”

idad de servicios educativos. La restricción en el ingreso se la considera como una condición necesaria y suficiente para el mejoramiento de la calidad educativa que, generalmente, es vista en términos de “costos” y “beneficios” del sistema. Estas tendencias conciben la educación de los sectores más humildes como mera capacitación laboral, critican al sistema educativo porque no se adecua al aparato productivo, y en sus quejas por el “desorden y la indisciplina” en las escuelas, añoran el orden autoritario. Hay, en estos sectores, una dificultad profunda para concebir un sistema educativo de masas e inte-

grado capaz de jugar un papel clave en la construcción de un país desarrollado y una sociedad más justa.

En el otro extremo, las posturas neorrománticas, y populistas, en el contexto educativo argentino, que se traducían hasta hace unos años en propuestas de desescolarización, realizan críticas fuera de contexto que sólo pueden hacer el juego a los sectores más conservadores. Así, por ejemplo, se critica al docente, mero trasmisor y aplicador de un currículo estricto, diseñado hasta en sus más mínimos detalles por otros. Seguramente ésta es una problemática relevante en naciones que tienen sistemas educativos consolidados, con altos niveles de centralización y planificación; pero el caso argentino, en el nivel secundario de enseñanza, es más bien el inverso; los programas nacionales datan de hace treinta o cuarenta años y se limitan a unas pocas líneas; la mayoría de los profesores y de los rectores los desconocen, hasta los autores de los libros de texto, desde hace años, se apartan bastante de ellos y los consideran sólo como grandes lineamientos; por último, nadie ejerce ningún control sobre lo que el profesor hace en el aula. No ignoramos que en las épocas de dictaduras militares se ejerció una fuerte censura y se impuso una no menos poderosa autocensura, pero

no es menos cierto que, más allá de las prohibiciones y de un discurso reaccionario, a las dictaduras militares no les importó, en general, elaborar diseños curriculares demasiado cuidadosos. Además, a los períodos dictatoriales siguieron fuertes bandazos libertarios o “destapes”. Por estos motivos, la mayoría de nuestros profesores, más que dóciles transmisores y aplicadores de un currículum del que deben liberarse, son más bien huérfanos que improvisan, lo mejor que pueden, informándose malamente aquí y allá acerca de contenidos y métodos con los cuales encarar sus cursos. La crítica al “docente-robot” debiera, en nuestro medio, dar lugar a la crítica del “docente-huérfano”.

Poco más o menos lo mismo debiera decirse en relación con las críticas que los mismos sectores realizan a la existencia de sistemas nacionales de evaluación, a la evaluación externa de los alumnos, al empleo de instrumentos “objetivos” de evaluación, etc. Es posible que, en algunos países, el desarrollo de estos sistemas de evaluación pueda haber llevado a una “deshumanización” de la educación, a que las evaluaciones guíen o tengan un papel central en el sistema educativo, etc.; pero en el caso de la Argentina, el problema principal es más bien la ausencia de toda evaluación seria, la falta de validez, la existencia de la más completa subjetividad y arbitrariedad en las evaluaciones de los alumnos.

En esta misma línea no faltan los que se rasgan las vestiduras porque las exigencias del sistema educativo japonés llevarían a algunos estudiantes al suicidio, y dan el alerta para que en la Argentina el aumento de las exigencias no tenga similares consecuencias, sin advertir que, en nuestro medio, algunos de nuestros adolescentes se suicidan más bien por el tedio que experimentan ante el vacío social y escolar.

Finalmente, como las posiciones conservadoras suelen defender la “calidad” de la educación, la que como ya dijimos hacen depender de las restricciones en el ingreso a los distintos niveles de la misma o de la privatización de los servicios, las posturas neorrománticas desprecian la calidad a la que asocian con el elitismo. En realidad, la cuestión de la calidad de un sistema educativo puede

reducirse al problema de la medida en que el mismo alcanza las metas planteadas: según el grado en que lo logra se puede hablar de una mayor o menor calidad. Así definido, naturalmente, cualquier sistema educativo debe apuntar a la mayor calidad, aunque, por supuesto, puede haber diferencias y posiciones encontradas en cuanto a cuáles deberían ser las metas por alcanzar, tema que tratamos más adelante.

Es necesario superar estas posiciones extremas de uno y otro signo, que de un modo más o menos confuso se encuentran difundidas en los discursos cotidianos de muchos docentes, y cuyos abanderados y representantes, expresamente, nos abstenemos de nombrar. Más allá de ellas, sostenemos la importancia de lograr el desarrollo económico-social de la Argentina, como base para el desarrollo personal de los argentinos y para la construcción de una sociedad más justa, sana y solidaria. Si hay alguna posibilidad de alcanzar este objetivo, entre otras condiciones necesarias, una decisiva, es la construcción de un sistema educativo de masas y de calidad con metas explícitamente acordadas. En la edificación de tal sistema es necesario que las expresiones políticas, gremiales y académicas de los sectores populares acepten la necesidad de construir un sistema de calidad, y que las instancias representativas de los sectores hegemónicos comprendan la necesidad de que el sistema educativo sea de masas. De la misma manera que cuando se sancionó la ley 1420 de educación común, o la ley Saenz Peña que estableció el sufragio universal secreto y obligatorio, es necesario que las clases dirigentes, o al menos los sectores más lúcidos de las mismas, procedan con visión de futuro. La construcción de este sistema educativo, en el nivel polimodal, arranca con la discusión de sus funciones y metas. Si se lograra un acuerdo acerca de las mismas, tendríamos ganado un paso significativo en el establecimiento de políticas consensuadas para alcanzarlas.

Notas

- Bossing, Nelson. (1960). *Principios de la educación secundaria*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Carnoy, Martín. (1996, 21 de abril). Entrevista. *Clarín*.
- Salmerón, Fernando. (1991). *Enseñanza y filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica y El Colegio Nacional.
- Schvarzer, Jorge. (1996). *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*. Buenos Aires: Planeta.